

El Espíritu Santo vivificador de los creyentes en los sermones de Pentecostés de san Agustín

ENRIQUE A. EGUIARTE B.
*Pontificium Institutum
Patristicum Augustinianum*
Roma

*Vivit enim corpus meum de anima mea
et vivit anima mea de te*¹.

Resumen: En el artículo se hace la presentación del Espíritu Santo como el principio vital del cristiano, según el pensamiento agustiniano. Para ello se expone la doctrina de san Agustín sobre el Espíritu Santo como vivificador en sus primeros escritos. Posteriormente se hace un breve repaso de los sermones predicados por san Agustín, tanto en la vigilia de la fiesta de Pentecostés como en el día mismo de la fiesta, para buscar en

¹ *conf.* 10, 29. “Mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de ti”.

ellos huellas y vestigios del tema del Espíritu como principio vivificador de los creyentes. Se abordan asimismo las consecuencias espirituales del hecho que el Espíritu Santo sea el vivificador de los creyentes, presentando en primer lugar, las exigencias de conversión que implica el recibir al Espíritu. Posteriormente se identifican las maneras en las que el Espíritu Santo realiza su inhabitación vivificadora en los creyentes como templos suyos que son, finalizando con una breve reflexión sobre el pecado contra el Espíritu Santo según el pensamiento agustiniano.

Palabras clave: San Agustín, Espíritu Santo, vivificación de los creyentes, sermones de Pentecostés de san Agustín.

Abstract: The article presents the Holy Spirit as the vital principle of the Christian, according to Augustinian thought. For this purpose, the doctrine of St. Augustine on the Holy Spirit as Giver of Life in the first writings of St. Augustine is presented. Subsequently, a brief review is made of the sermons preached by St. Augustine, both on the vigil of the feast of Pentecost, as well as on the day of the feast itself, in order to look for traces and vestiges of the theme of the Spirit as the life-giving principle of the believers. The spiritual consequences of the fact that the Holy Spirit is the life-giving principle of believers are also discussed, first of all by presenting the demands of conversion involved in receiving the Spirit. Subsequently, the ways in which the Holy Spirit makes his life-giving indwelling in believers as his temples are identified, concluding with a brief reflection on the sin against the Holy Spirit according to Augustinian thought.

Keywords: St. Augustine, Holy Spirit, vivification of believers, Pentecost sermons of St. Augustine.

1. INTRODUCCIÓN

El siglo cuarto está marcado por una serie de tratados importantes sobre el Espíritu Santo. Todos ellos constituyen una preparación dogmática para el concilio de Constantinopla (381), o bien son una secuela del mismo y una ratificación de sus doctrinas, en contra de Macedonianos y Pneumatómacos, o

simplemente son una catequesis sobre la tercera persona de la Santísima Trinidad. Podemos mencionar el tratado insigne de Dídimo de Alejandría (llamado Dídimo “el Ciego”) quien a pesar de sus simpatías por Orígenes en este tratado evita los elementos que serían posteriormente condenados del Adamantius en la crisis origenista de finales del siglo IV. Por otro lado está el genial tratado de san Basilio sobre el Espíritu Santo, con su famoso argumento litúrgico para demostrar la misma divinidad del Espíritu Santo. El tratado de san Ambrosio, deudor claro de todos los tratados anteriormente mencionados, se inserta dentro del programa catequético para el malogrado emperador Graciano. De todos estos tratados e ideas será heredero san Agustín.

Ciertamente el Hiponense no dedicó ningún libro al tema del Espíritu Santo, su presencia es constante a lo largo de toda su obra, no solo en los grandes tratados teológicos, especialmente el *De Trinitate*, sino también de manera particular en sus exposiciones sobre el Símbolo de la fe, pero también en sus predicaciones.

En el presente artículo haremos una exposición del Espíritu Santo como vida del creyente, a partir principalmente de lo que ha sido llamado la “teología predicada” de san Agustín, es decir la presencia del Espíritu Santo como vida del creyente en sus *sermones ad populum*, sin excluir en algún momento, otras reflexiones agustinianas presentes en alguna otra obra.

Para ello identificaremos primero al Espíritu como el principio vital del cristiano, la vida de nuestra vida. Posteriormente haremos un breve estudio de la presencia del Espíritu como vivificador, en los primeros escritos de san Agustín. Después haremos un breve repaso de los sermones predicados por san Agustín, tanto en la vigilia de la fiesta de Pentecostés, como en el día mismo de la fiesta, para buscar en ellos huellas y vestigios del tema del Espíritu como vida de la vida del creyente. Nos detendremos a continuación brevemente a hacer un *excursus* sobre la cuestión

donatista, que está muy presente en los sermones de san Agustín sobre el Espíritu Santo, para señalar algunas características peculiares. A continuación abordaremos las consecuencias espirituales del hecho que el Espíritu Santo sea la vida de la vida de los creyentes, presentando en primer lugar, las exigencias de conversión que implica el recibir la vida de Dios por medio del Espíritu. Posteriormente identificaremos las maneras en las que el Espíritu Santo realiza una inhabitación vivificadora en los creyentes como templos suyos que son. Finalmente ofreceremos unas conclusiones.

2. EL ESPÍRITU SANTO VIVIFICA AL CREYENTE

La comprensión eclesiológica de san Agustín parte en muchas ocasiones del texto de 1 Cor 12, 12ss, con la metáfora usada por san Pablo del cuerpo de Cristo para hablar de la Iglesia².

San Agustín retomará esta imagen y la hará suya, sacando una serie de consecuencias teológicas, espirituales y eclesiales. Por ello, cuando expone el don de lenguas y la efusión del Espíritu (Hch 2, 1-13), regresa a esta cuestión de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Y así como el cuerpo de Cristo vive de un solo Espíritu que le anima y le da vida, del mismo modo el creyente debe descubrir que el soplo vital de su existencia depende del Espíritu Santo.

² «La Chiesa, particolare forma di aggregazione che ha in Cristo il suo punto di coesione, tramite la ministerialità si inserisce nella continuità dell'opera salvifica del Figlio di Dio. Agostino, utilizzando la metafora del corpo, fece maturare la ministerialità della Chiesa alla realtà del "Cristo totale" (Christus totus)»; la Chiesa, cioè è il corpo il cui capo è Cristo con il quale fa un tutt'uno». Vittorino Grossi, *La Chiesa di Agostino. Modelli e simboli*, Bologna, Dehoniane, 2012, 83.

Es precisamente el Espíritu quien vivifica al creyente³. No es solo aquel que alimenta e impulsa su vida material, sino particularmente la vida que es preciso escribir con mayúsculas, es decir la Vida que no se termina con la muerte, la Vida que viene de Dios y que es Cristo mismo (Jn 14, 6).

Por eso san Agustín reflexiona y contempla al Espíritu como el alma del Cuerpo de Cristo, cumpliendo una misión parangonable con la del alma de todo ser humano:

*Lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo*⁴.

Se trata, de hecho, de una idea que tiene una larga historia en el pensamiento de san Agustín. Ya en una obra que había comenzado a escribir en el 388, y que terminará antes de su ordenación sacerdotal en el 391⁵, el *De libero arbitrio*, san Agustín ya había enunciado este tema, al señalar que el principio vital del

³ «Au milieu de ces joies et de ces peines, de nos esperances et de nos méfiances, nous devons redécouvrir aujourd'hui la présence de l'Esprit-Saint 'qui est Seigneur et qui donne la vie'. Mais comment découvrir cette présence de l'Esprit-Saint? Comment faire l'expérience de sa présence dans notre travail, dans notre vie? Oui, nous sommes sûrs qu'il est présent parmi nous car il est "l'âme de notre âme", "la vie de notre vie", comme il est aussi âme de l'Église, l'âme de nos communautés». Jaime García, *Vivre le Pentecôte avec saint Augustine*, Paris, Du Cerf, 2015, 53.

⁴ s. 267, 4.

⁵ Cf. J. Anoz, "Cronología de la producción agustiniana", en *AVGVSTINVS* 47 (2002), 235. De hecho la frase que citamos a continuación, forma parte de la obra escrita en el 388, ya que los especialistas nos indican que la obra se detuvo en *lib. arb.* 3, 9, 26, y que algunos años después en este mismo punto san Agustín la retomó. Por tanto, la idea expresada por esta frase, forma parte de uno de los pensamientos del joven Agustín, del que ha sido llamado el "Agustín laico". Cf. Nello Cipriani, *I Dialoghi. Guida alla lettura*, Roma, Institutum Patristicum Augustinianum, 2013, 165.

cuerpo era el alma, y que a la vez el alma del hombre vivía de Dios. La frase agustiniana es:

*Así como toda la vida del cuerpo es el alma, así también la vida bienaventurada del alma es Dios. Y mientras procuramos esto, hasta llegar a conseguirlo, estamos en camino*⁶.

Se trata de un pensamiento que dentro del *De libero arbitrio* forma parte de los argumentos que sostienen la afirmación que de Dios solo puede venir el bien, antes de entrar a tratar el tema de la bondad de la libre voluntad⁷. Es pues una idea que san Agustín expresa por primera vez en esta obra, pero que estará presente a lo largo de toda la vida del Obispo de Hipona. Posiblemente su versión más conocida y popular sea la expresada por san Agustín dentro de las *Confesiones*:

Que te busque yo para que viva mi alma, porque si mi cuerpo vive de mi alma, mi alma vive de t⁸.

Unos quince años más tarde, en el 414⁹, cuando escriba el tratado 47 de su comentario al evangelio según san Juan (*Ia. eu. tr.*), lo expresará de manera llana y sencilla, como es lo propio de una exposición hecha en un sermón:

*Tu alma es la vida de tu cuerpo, y Dios es la vida de tu alma*¹⁰.

⁶ *lib. arb.* 2, 16, 41.

⁷ Cf. Nello Cipriani, *I Dialoghi di Agostino. Guida alla lettura*, Roma, Institutum Patristicum Augustinianum, 2013, 163.

⁸ *conf.* 10, 29.

⁹ Cf. J. Anoz, «Cronología de la producción agustiniana», en *AVGVSTINVS* 47 (2002), 264.

¹⁰ *Ia. eu. tr.* 47, 8.

Este pensamiento es tan importante, que por estos mismos años (411-414) en el libro IV del *De Trinitate*¹¹, se vuelve a expresar, aunque en términos negativos, es decir en lugar de hablar de la vida del alma, habla de la muerte de la misma, y todo causado por su cercanía o alejamiento de Dios:

*Muere el alma cuando Dios la abandona; muere el cuerpo cuando lo abandona el alma: la primera se hace insipiente, éste, cadáver*¹².

3. *PATER PIGNORIS*: EL ESPÍRITU SANTO LOS PRIMEROS ESCRITOS

Con el paso de los años, la figura del Espíritu Santo se irá clarificando, e irá adquiriendo una mayor importancia en el pensamiento y en la teología espiritual de san Agustín¹³. De hecho, como acertadamente ha señalado en sus bien fundamentados estudios N. Cipriani, san Agustín ya en sus primeros escritos nos presenta algunos vestigios de sus concepciones trinitarias¹⁴. En estos primeros conceptos, el Espíritu Santo es concebido como *Pater*

¹¹ Cf. J. Anoz, «Cronología de la producción agustiniana», en *AVGVSTINVS* 47 (2002), p. 239.

¹² *trin.* 4, 3, 5. Lo mismo es expresado en el s. 180, 8: “Muere el cuerpo cuando se aleja el alma; muere el alma cuando se aparta de Dios”; Algo parecido se dice en el s. 62, 2: “El abandono de Dios es la muerte del alma; el abandono del alma es la muerte del cuerpo. La muerte del cuerpo es de necesidad; la del alma depende de la voluntad”; También en *ciu.* 13, 2: “Muere el alma cuando es abandonada por Dios, y muere el cuerpo cuando es abandonado por el alma”.

¹³ Cf. Basil Studer, “Zur Pneumatologie des Augustinus von Hippo (*De Trinitate* 15, 17, 27 – 27, 50)”, *Augustinianum* 35 (1995), 570; Cf. Nello Cipriani, *Lo Spirito Santo, Amore che unisce. Pneumatologia e spiritualità in Agostino*, Roma, Citta Nuova, 2011, 19.

¹⁴ Cf. Nello Cipriani, “Le fonti cristiane della dottrina trinitaria nei primi dialoghi di san’Agostino”, en *Augustinianum* 34 (1994), 253-312. La versión en español: “Las fuentes cristianas de la doctrina trinitaria en los primeros diálogos de san Agustín”, en *AVGVSTINVS* 56 (2011), 311-366.

*pignoris*¹⁵, elemento que le llevará después a afinar este concepto, y aunque el Espíritu sigue siendo *pignus*, se irá transformando paulatinamente en *arrha*, según la diferencia que hace san Agustín entre el *pignus* y las *arrha*¹⁶. Esta misma concepción del Espíritu Santo como *Pater pignoris*, le valdrá la siguiente reconsideración o “retractación”, en el libro V del *De Trinitate*:

*Cuando decimos prenda (pignus) del Padre y del Hijo, ¿nos está también permitido decir Padre de la prenda (patrem pignoris) o Hijo de la prenda (Filium pignoris)? Decimos Don del Padre y del Hijo, pero nunca podemos decir Padre del Don o Hijo del Don; y para que estas expresiones se correspondan mutuamente, se dice Don del dador y dador del Don; pues aquí podemos encontrar una palabra en uso; allí, no.*¹⁷

El Espíritu Santo será también en esos primeros escritos agustinianos la *admonitio autem quaedam*¹⁸, la voz de Dios en el corazón y en el interior del hombre, una voz que nos lleva a buscar a Dios y a amarle.

Por lo tanto, en los primeros escritos agustinianos, la vida del alma, la vida de la vida del hombre es atribuida a Dios. Cabe señalar que este tema de la vida y la misma inmortalidad del alma

¹⁵ *sol.* 1, 2.

¹⁶ “Recibisteis el espíritu de adopción de hijos por el que clamamos: Abba, ¡Padre! ¿Cuál es la realidad, si las arras son tales? No se debe hablar de prenda (*pignus*), sino de arras (*arrha*). En efecto, cuando se deja una prenda, ésta se retira una vez que se devuelve lo garantizado. Las arras, en cambio, son una parte de aquello que se promete dar, de forma que, cuando se cumpla la promesa, lo ya recibido no cambia, sino que se recibe en su totalidad. Así, pues, que cada uno examine su corazón y vea si dice con sincero amor desde lo más íntimo de su corazón Padre”. s. 156, 16.

¹⁷ *trin.* 5, 12, 13. Cf. N. Cipriani, “La retractatio agostiniana sulla processione-generazione dello Spirito santo (*trin.* V, 12, 13)”, en *Augustinianum* 37 (1997), 431-439. Traducción en castellano: “La retractatio agustiniana sobre la procesión-generación del Espíritu Santo (*trin.* V, 12, 13)”, en *AVGVSTINVS* 57 (2012), 339-348.

¹⁸ *beata u.* 4, 35.

es una cuestión que preocupa al joven san Agustín. De hecho los *Soliloquios* son, como es bien sabido, un intento fallido por explicar y dar un fundamento sólido a la idea de la inmortalidad del alma¹⁹. Se trataba para el joven san Agustín de una idea fundamental²⁰, de una de las grandes novedades y atractivos del cristianismo²¹, ya que daba voz a una de las inquietudes del mundo pagano, y particularmente de la época de san Agustín, en la que volvieron a florecer, como lo habían hecho en la antigüedad griega y latina, diversos ritos místéricos²², particularmente los misterios de Mitra²³, en donde lo fundamental era -como en los famosos misterios eleusinos-, poder descubrir el camino que lleva a la inmortalidad.

Es preciso señalar también, cómo este tema de la vida y de la inmortalidad del alma, es lo que preocupa grandemente al joven san Agustín. Muchas personas al leer las *Confesiones*, pierden de vista este *Zeitgeist* particular agustiniano, y hacen interpretaciones erradas, particularmente del libro cuarto, en donde san Agustín nos dice que después de la muerte de su amigo tan querido, él cae en una situación de confusión y de profunda tristeza (*conf.* 4, 9).

¹⁹ “È ad ogni modo evidente che Agostino va a la ricerca di nuovi argomenti, diversi da quelli proposti da Platone e riferiti da Cicerone nel *Somnium Scipionis*, perché essi partono da presupposti contrari alla fede cristiana; la natura eterna e divina dell'anima e la sua preesistenza”. Nello Cipriani, *I Dialoghi. Guida alla lettura*, 129.

²⁰ Cf. Nello Cipriani, *La Teologia di Sant'Agostino*, Roma, Institutum Patristicum Augustinianum, 2015, 27.

²¹ Cf. N. Cipriani, *I Dialoghi. Guida alla lettura*, 133.

²² Cf. G. Wasson - A. Hofmann - C.A.P. Ruck, *El camino de Eleusis. Una solución al enigma de los misterios*, México, FCE, 1981; Carl Kerényi, *Eleusis. Archetypal image of Mother and Daughter*, Princeton, Princeton University Press, 1991.

²³ Cf. Ruggero Iorio, *Mitra: el mito della forza invincibile*, Marsilio, 1998; Cf. Ugo Bianchi (ed.), *Mysteria Mithrae: Proceedings of the International Seminar on the 'Religio-historical Character of Roman Mithraism with Particular Reference to Roman and Ostian Sources'*, Rome and Ostia, 28-31 March 1978, Leiden, Brill, 1979; Cf. Payam Nabarz, *The Mysteries of Mithras. The Pagan Belief that shaped the Christian World*, Vermont, Inner Tradition, 2005.

Para entender bien este acontecimiento, no basta solo hablar de los géneros literarios usados por san Agustín, o bien del profundo aprecio que tenía por la amistad. Es preciso también ver esta preocupación íntima reflejada en sus primeros escritos: la preocupación de la vida de la propia vida, es decir la cuestión de la inmortalidad del alma²⁴, a la que dedica, como hemos dicho, una obra inconclusa (los *Soliloquios*), a la que se añadirá otra, *De immortalitate animae*, en donde san Agustín presenta con más solvencia y solidez este tema²⁵.

Años más tarde, una vez que recibe el bautismo y se incorpora plenamente a la Iglesia para recibir a manos llenas su vida, descubre en su propia reflexión, que esta vida que anima su alma es Dios, pero particularmente el Espíritu Santo, más allá de los errores de Mario Victorino, como ha descrito N. Cipriani²⁶.

Así pues, este Dios que da la vida al alma es el Espíritu Santo, quien es plenamente Dios, y no un ser inferior, como querían los

²⁴ “The Young Augustine was probably still thinking of his lost friend and his distress at that time when he confessed to Reason some years later, ‘Now there are only three things that can move me: the fear of losing those I love, the fear of pain, the fear of death’ (*sol.* 1, 16). This fear of physical death for his nearest and dearest and for himself would no longer be exactly that of the bishop for whom immortality was henceforward a state which he must help his flock to attain, but enough of it would remain to keep him very sensitive to the anguish of dying”. Serge Lancel, *Saint Augustine*, London, SCM Press, 2002, 440.

²⁵ “The difference between the body and the soul seems to be that, although both are created from nothing, the body can die, whereas the soul cannot. It is, of its nature, immortal. Why this is and must be so, was a question which genuinely preoccupied Augustine in these early years. He tackles it at length in the second book of the *Soliloquia* written at Cassiciacum, and then seems to have continued these reflections in *De immortalitate animae*”. Carol Harrison, *Rethinking Augustine’s Early Theology. An argument for continuity*, Oxford, Oxford University Press, 2008, 49; Cf. Giovanni Catapano, *Agostino*, Roma, Carrocci, 2010.

²⁶ Nello Cipriani, *Lo Spirito Santo, Amore che unisce. Pneumatologia e spiritualità in Agostino*, Roma, Città Nuova, 2013, 18; Cf. Nello Cipriani, “Agustín lector de los comentarios paulinos de Mario Victorino”, en *AVGVSTINVS* 56 (2011), 412-438.

herejes a los que combate san Agustín en su obra. Por ello en sus sermones expresará con claridad este hecho, de que el Espíritu es la vida del alma de la Iglesia, y también de cada creyente:

Por eso, el Apóstol, al mencionar un solo cuerpo, para que no pensásemos en uno muerto, dijo: Un solo cuerpo. Pero te suplico: -¿Este cuerpo está vivo? -Sí, vive. -¿De dónde recibe la vida? -De un único espíritu. Y un solo Espíritu.²⁷

4. EL ESPÍRITU DE VIDA EN LOS SERMONES DE PENTECOSTÉS

Aunque san Agustín vivió más de treinta fiestas de Pentecostés como obispo, conservamos solo once sermones con dicho motivo: siete de la fiesta (ss. 267, 268, 269, 270, 271, 272A, 272B)²⁸ y cuatro de la vigilia de Pentecostés (ss. 29, 29 A; s. Dolbeau 8 = s. 29B²⁹ s. 266³⁰).

²⁷ s. 268, 2

²⁸ Jaime García incluye entre estos sermones, el s. 278, aunque expresa sus dudas, como en realidad es, ya que no se le suele considerar como un sermón de Pentecostés. Jaime García dice: “Nous avons aussi le sermón 278. Or, sur celui-ci, il-y a quelques doutes qu’il ait été prêché à la Pentecôte”: Jaime García, *Vivre le Pentecôte avec saint Augustine*, Paris, Du Cerf, 2015, 19.

²⁹ Es el sermón Mayence 21. Según afirma F. Dolbeau, fue predicado en Cartago en el 397. Por el sermón 29 sabemos que en Cartago, en la liturgia de Pentecostés, eran leídos, en este orden, los salmos 140 y 117. En el Mayence 21, es decir el sermón Dolbeau 8 = 29B, se explica el salmo 117, 1. Al final del número 4 hay una alusión a una fábula de Fedro, que el mismo san Agustín recordará brevemente en las confesiones. Cf. François Dolbeau, *Vingt-six Sermons au Peuple D’Afrique. Retrouvés a Mayence ,édités et commentés par François Dolbeau*, Paris, Institut d’Études Augustiniennes, 1996, 12-25; Cf. Hubertus Drobner, “Augustinus, Sermo in vigilia pentecostes aus den in Mainz neuentdeckten Predigten. Datierung und deutsche Übersetzung”, en *Theologie und Glaube* 83 (1993), 446-454.

³⁰ Este sermón corresponde al Mayence 20 y ratifica lo que comentamos en la nota precedente, ya que en él, se comenta el texto del salmo 140, 5.

En el sermón 266, aunque no se hace alusión directa y explícita a que el Espíritu sea la vida del cuerpo de Cristo, se habla de un tema paralelo, que es el relativo a la gracia, y cómo los apóstoles se habían convertido en odres nuevos³¹ al estar llenos, no de vino material, como creían sus contemporáneos, sino del vino nuevo de la gracia, que los llevó a predicar y a difundir la vida de Cristo³²:

(...) ya llenos del vino nuevo, porque se habían convertido en odres nuevos Los odres viejos se llenaban de admiración ante los nuevos, y por dedicarse a difamar, ni se renovaban ni se llenaban. Refutada, finalmente, la falsedad, tan pronto como prestaron oídos a los apóstoles que les dirigieron la palabra explicándoles lo que estaba acaeciendo y anunciándoles la gracia de Cristo, al escucharlos se arrepintieron; con el arrepentimiento se transformaron, y transformados creyeron; y creyendo, merecieron recibir lo que admiraban en los otros³³.

En este mismo sermón 266, como señalábamos, siguiendo la costumbre litúrgica de Cartago, donde el sermón fue predicado muy posiblemente entre los años 403-408³⁴, se leía el salmo 140 y el 117, en este orden. En el presente sermón tenemos un comentario al salmo 140, 5: *El justo me corregirá y me reprenderá con misericordia, pero el óleo del pecador no ungirá mi cabeza*.

El sermón 29B (= s. Dolbeau 8), como hemos comentado antes, fue predicado en Cartago, y por tanto refleja la tradición litúrgica de esta Iglesia, donde era costumbre leer los salmos 140 y 117. En este caso se comenta el salmo 117, 1: *“Confesad al Señor,*

³¹ Cf. s. 266, 2.

³² Cf. Hans van Reisen, “El viento, ¿aun sopla donde quiere? La predicación de san Agustín en la fiesta de Pentecostés”, en *AVGVSTINVS* 54 (2010), 69-70.

³³ s. 266, 2.

³⁴ Cf. J. Anoz, “Cronología de la producción agustiniana”, en *AVGVSTINVS* 47 (2002), 285.

porque es bueno". No se habla del Espíritu como dador de vida, pero es una invitación a confesar el propio pecado y a reconocer en el pecado un principio de muerte:

*Que mi iniquidad yo reconozco, y mi pecado frente a mí está siempre. No esté ante ti, porque está ante mí; retira tu faz de donde yo no la retiro; desconoce tú lo que yo reconozco. No temas, pues, morir; confiesa para no morir*³⁵.

El sermón 267 pone de manifiesto que a semejanza del espíritu del hombre, que da vida y unidad a todos sus miembros, del mismo modo el Espíritu de Cristo vivifica a los miembros de Cristo, y a pesar de sus diferencias, les da unidad y cohesión:

*(...) viven: vive el oído, vive la lengua: son diversas las funciones, pero una misma la vida. Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros proclama la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida*³⁶.

En el sermón 268, además de acentuar los elementos anteriormente dichos, y usando de nuevo el texto de 1 Cor 10, se ponen de manifiesto la supeditación de la vida a la pertenencia al cuerpo de Cristo. Si un miembro se desgaja y se separa del cuerpo de Cristo, pierde la vida, como sucede con los miembros del cuerpo físico. Ciertamente san Agustín en este sermón de una forma particular está pensando en los donatistas:

³⁵ s. 29B, 5.

³⁶ s. 267, 4.

*(...) fuera del cuerpo tiene solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia*³⁷.

En el sermón 269, no hay alusiones a la vida. En el sermón 270, aunque no hay alusiones directamente a la vida, se habla claramente de la gracia de Dios que se nos concede por el Espíritu Santo, y también se nos recuerda un elemento esencial, el amor es un don, o por decirlo con palabras de san Agustín: “*la caridad es un don del Espíritu Santo*”³⁸, pues “*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo*”, haciendo referencia explícita a Rm 5, 5³⁹. Así pues, el Espíritu indirectamente es señalado como fuente de vida al hablar de la gracia:

*¿Qué significa les da su gracia? Les da el Espíritu Santo. Llena a los humildes, porque en ellos encuentra capacidad para recibirlo*⁴⁰.

En el sermón 271 no se hace alusión al hecho de que el Espíritu sea la vida, sino que se subrayan algunos de sus frutos, desde una perspectiva muy marcada por la polémica antidonatista, como son la paz y la unidad⁴¹. De aquí que san Agustín llame a sus fieles en un momento determinado “retoños de unidad, hijos de la paz”:

³⁷ s. 268, 2.; Cf. Vittorino Grossi, , *La Chiesa di Agostino. Modelli e simboli*, Bologna, Dehoniane, 2012, 64 ss.

³⁸ s. 270, 4.

³⁹ “Gott ist die Liebe bezieht sich vielmehr auf den Geist, denn es heisst von der von Gott uns geschenkten Liebe, dass sie uns in Gott und ihm in uns bleiben lässt. Die Geist ist eben die liebe Gottes die in unsere Herzen ausgegossen ist”. Basil Studer, “Zur Pneumatologie des Augustinus von Hippo (De Trinitate 15, 17, 27 – 27, 50), *Augustinianum* 35 (1995), 570.

⁴⁰ s. 270, 6.

⁴¹ Cf. Hans van Reisen, “El viento, ¿aun sopla donde quiere? La predicación de san Agustín en la fiesta de Pentecostés”, 69.

*Vosotros, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, retoños de la unidad, hijos de la paz, celebrad este día alegres y seguros*⁴².

En los dos sermones restantes, 272A y 272B, por su brevedad, no aparece el tema de la vida, aunque en el sermón 272B, sí que aparece un término sinónimo de la vida, que es la gracia, cuyo régimen comienza con Pentecostés, y que supera el régimen de muerte que es el de la ley:

*La ley, por tanto, descubre su condición culpable; la gracia los libra de la culpabilidad; la ley amenaza, la gracia acaricia; la ley tiene a la vista el castigo, la gracia promete el perdón. Sin embargo, es lo mismo lo que ordena la ley y la gracia*⁴³,

5. LA VIDA DEL ESPÍRITU Y LA CONVERSIÓN

a) Renunciar al propio espíritu para recibir el Espíritu de Dios

Pero vivir del Espíritu Santo y recibir su vivificación no solo tiene consecuencias eclesiales, tiene particularmente en el pensamiento de san Agustín consecuencias para la vida del creyente, que es templo del Espíritu Santo. Por ello nos centraremos ahora en la importancia que tiene la conversión como un proceso a través de cual el creyente se dispone a recibir la vida de Dios que le viene por medio del Espíritu.

Así pues, dentro de los sermones agustinianos, el concepto del Espíritu Santo como el principio de la vida sobrenatural de todo ser humano, está vinculado al tema de la conversión. No es

⁴² s. 271.

⁴³ s. 272B,

posible vivir la vida del Espíritu si no se vive en una actitud de conversión. Aquel que quiere vivir según el espíritu del hombre, es decir de la carne, o según el espíritu del mundo (Gal 5, 17), no puede recibir la vida que procede del Espíritu Santo. Así lo señala claramente san Agustín: para poder recibir la vida que proviene del Espíritu de Cristo, es preciso renunciar al propio espíritu, es decir al espíritu de la carne y del mundo:

*Desprecia tu propio espíritu, recibe el Espíritu de Dios. No ha de temer tu espíritu que, cuando comience a habitar en ti el Espíritu de Dios, vaya a sufrir estrecheces en tu cuerpo*⁴⁴.

En esta labor de conversión, recibiendo la vida del Espíritu, a través del cual el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Rm 5, 5), no hay que tener miedo de perder la vida, es decir el propio “espíritu”. Sino por el contrario, la vida se ve redimensionada y ampliada. Recibir la vida del Espíritu Santo debe llevar al ser humano a ampliar sus horizontes, y darse cuenta de que su vida es más vida precisamente porque ha recibido la vida de Dios por medio del Espíritu. San Agustín lo explica señalando que el Espíritu es un huésped rico, que no hace que el corazón y la vida se estrechen, sino todo lo contrario, que se ensanchen y se dilaten:

*Acoge al rico Espíritu de Dios; te sentirás ensanchado, nunca en estrecheces. Ensanchaste tus pasos debajo de mí —dices—. Has de decir a tu huésped: Ensanchaste mis pasos debajo de mí. Antes de estar tú aquí, sufría estrecheces; al llenar mi celda, no me expulsaste a mí, sino a la estrechez que padecía*⁴⁵.

⁴⁴ s. 169, 15.

⁴⁵ *Idem*.

Y el gran don que deja este Huésped divino, que es la vida del creyente, no es otro que su propia presencia. Sin ella la vida del ser humano pierde su sentido, y deja de ser propiamente ‘vida’, para transformarse en una verdadera muerte. Por ello, san Agustín recomienda aferrar a este Huésped divino, y pedirle de todas las maneras posibles, que se quede siempre con nosotros, dándole vida a nuestra propia existencia, ya que sin él, sin la presencia del Espíritu que es Dios y da la vida, el ser humano está muerto:

No temas hallarte en estrecheces, recibe a este huésped, y que no sea huésped como de paso. Nada va a darte en el momento de la partida. Al venir, habite en ti, y éste es su don. Sé de él, que no te abandone ni se aleje de ti; sujétale del todo y dile: Señor, Dios nuestro, poséenos⁴⁶.

En un sermón dirigido a los neófitos en la octava de Pascua o semana *in albis*, muy posiblemente hacia el final de la vida de san Agustín, hacia el 428 o el 429⁴⁷, sabiendo el Obispo de Hipona de las malas costumbres de celebrar grandes comilonas y borracheras en esos días, invita a sus fieles, particularmente a los recién bautizados, a la sobriedad, pues solo así podrán retener consigo al Espíritu Santo principio vivificador y huésped de sus almas. Por ello pide encarecidamente san Agustín a los neófitos que no echen de sus vidas y de sus corazones al Espíritu Santo que ha empezado a habitar en ellos, y a ser su propio principio vital:

No marchéis de aquí sobrios y regreséis ebrios; después de mediodía volveremos a vernos. El Espíritu Santo ha comenzado a habitar en vosotros.

⁴⁶ s. 169, 15.

⁴⁷ Cf. J. ANOZ, “Cronología de la producción agustiniana”, en *AVGVSTINVS* 47 (2002), p. 282.

¡Que no se tenga que marchar! No lo expulséis de vuestros corazones. Es buen huésped⁴⁸.

Y para ratificar esta idea, san Agustín les hace ver cuáles son los beneficios de la inhabitación de tal Huésped divino, y como sin él, el ser humano carece de vida y de sentido:

Es buen huésped: si os encuentra vacíos, os llena; si hambrientos, os alimenta; finalmente, si os halla sedientos, os embriaga. Sea él quien os embriague, pues dice el Apóstol: No os embriaguéis de vino, en el cual está todo desenfreno. Y, como queriendo enseñarnos con qué hemos de embriagarnos, añade: Antes bien, llenaos del Espíritu Santo, cantando entre vosotros con himnos, salmos y cánticos espirituales; cantando al Señor en vuestros corazones⁴⁹.

San Agustín nos invitaría a hacerle al Espíritu la petición expresada con palabras del texto de Isaías 36, 13 (sec. LXX: *Domine possiede nos*). Se trata de palabras que son comentadas en otros lugares de la obra del Doctor de Hipona. Baste solo como comentario de las mismas, las ideas expresadas dentro de la *enarratio* al salmo 32⁵⁰, donde san Agustín deja claro que Dios, en este caso por medio del Espíritu Santo, nos posee, y nosotros también lo poseemos a él, aunque todo esto se hace con un fin claro, que es nuestra propia felicidad, nuestra plena vivificación:

(...) él nos posee, y también es poseído; y todo esto es por nosotros. Pero no sucede que así como nosotros somos felices poseyéndolo a él, así también

⁴⁸ S. 225, 4.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ La cita aparece también en *en. Ps.* 78,3. Curiosamente esta cita (Is 36, 13) no está recogida, como otras muchas, dentro del índice de citas bíblicas del CAG.

*él nos posea para ser feliz. Posee y es poseído por el único motivo de hacernos felices a nosotros*⁵¹.

Una idea semejante, expresa san Agustín en el s. 163, en donde a la luz de la exhortación paulina a ensanchar los linderos del propio interior para superar el camino de los infieles de los paganos (2 Cor 6, 13-14), el Doctor de Hipona comenta que este ensanchamiento es fruto precisamente del amor. Este amor es el que derrama el Espíritu Santo en el corazón del creyente para que pueda ensanchar su interior, ampliar los senos de su alma para poder recibir la presencia del Espíritu, y por consiguiente su vida y su gracia. Y como comenta san Agustín, si el interior se encuentra vivificado y ensanchado, Dios se podrá pasear en nuestro interior:

*Exhortándonos a esto, dice el Apóstol: Ensanchaos, para no uncirnos al yugo con los infieles. Si nos ensanchamos, Dios se pasea en nosotros; pero ese ensancharse es obra del mismo Dios. Si el ensancharse lo produce la caridad que no conoce estrechez, ved que es Dios quien se lo procura en nosotros para sí mismo, según testimonio del Apóstol: La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones mediante el Espíritu que se nos ha dado. Gracias a esta anchura —repito—, Dios se pasea en nosotros*⁵².

De este modo, san Agustín nos invitaría a dejar nuestro propio espíritu, nuestra propia vida meramente humana y según el hombre viejo (Ef 4, 22), para recibir el Espíritu y la vida del hombre nuevo, la vida que procede de Dios y que no se termina nunca. Este hecho de renunciar a la vida del mundo y del hombre no es algo negativo que deje vacío al ser humano, o que haga que

⁵¹ en. Ps. 32, 3, 18.

⁵² s.163, 1.

su interior se encoja. Es más bien, todo lo contrario, quien recibe al “huésped” del Espíritu Santo, plenifica su vida, al recibir la vida de Dios.

b. Dios da su gracia (su Espíritu) a los humildes

Una condición indispensable para poder recibir el Espíritu de Dios, es decir la vida de Dios, es la humildad. Solo quien es humilde es el que puede recibir el Espíritu de Dios, el soberbio no hace otra cosa que alejar de sí al Espíritu⁵³.

San Agustín recuerda que el Espíritu Santo es el que nos hace vivir en la unidad, alejándonos de la multiplicidad. Él es quien hace posible que el fenómeno de Pentecostés se lleve continuamente a cabo en nuestros corazones, y en el interior del creyente; que pueda vencer la disensión y la división para vivir en unidad en sí mismo, pero también con aquellos que le rodean. De este modo, al Espíritu Santo, y en consecuencia, a la vida propia del Espíritu, se le puede poseer por la humildad:

*Soportándoos mutuamente en el amor -esto es, la caridad-, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. En consecuencia, puesto que el Espíritu Santo nos convierte de multiplicidad en unidad, se le apropia por la humildad y se le aleja por la soberbia*⁵⁴.

Y san Agustín nos da un ejemplo. El Espíritu es como agua que se posa en los lugares cóncavos, que están bajos o abajados, mientras que no puede quedarse en las colinas, y resbala de ellas. Lo mismo el Espíritu puede vivificar al que es humilde, mientras que se aleja del soberbio:

⁵³ J. 270, 6.

⁵⁴ J. 270, 6.

*El agua es el corazón humilde que busca como un lugar cóncavo donde detenerse; en cambio, ante la altivez de la soberbia como altura de una colina, rechazada, cae en cascada*⁵⁵.

Y san Agustín ratifica la importancia de ser humilde para recibir la vida de Dios por medio del Espíritu, avalando sus palabras con un texto bíblico, como es su costumbre. En este caso se trata de un texto muy conocido y repetido por san Agustín⁵⁶, particularmente en sus *sermones ad populum*, el texto de 1 Pe 5, 5 (St 4, 6⁵⁷; Prov 3, 34): *Dios resiste a los soberbios; en cambio, a los humildes les da su gracia*. Al citar este texto, que ocupa un lugar particular en la lucha antipelagiana⁵⁸, san Agustín explica lo que es la gracia de

⁵⁵ *Idem*.

⁵⁶ “(...) (Prou. 3, 34) tient dans son oeuvre une place de premier plan. *Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam* represent une des sentences sapientiales auxquelles Augustin reste fidèle du début à la fin de sa carrière”. A.-M., La Bonnardiere, *Libre des Proverbes (Biblia augustiniana: A.T.)*, Études Augustinienes, Paris, 1973, 123.

⁵⁷ Cf. Jonathan Yates, “The Epistle of James in Augustine and his Pelagian Adversaries. Some Preliminary Observations”, en *Augustiniana* 52 (2002), 273-290. “(...) Augustine referenced to the content of Jas 4:6 more than sixty times (...) The Bishop never gave any indication that he wanted to cite Jas exclusively when he referenced the content of Jas 4:6. It is clear that Augustine was aware that the specific content of Jas 4:6 occurs elsewhere in his cannon, just as he makes it clear that the principle that God resists pride and relates positively to those willing to humble themselves can be found throughout the Christian holy texts. In the mind of the Bishop it was apparently sufficient to know that this text was “scripture”, i.e., that it possessed the authority of Scripture, and just as importantly, that it could be found in more than one canonical book”. Jonathan Yates, *In epistola alterius apostoli: The Presence and use of the Epistle of James in the Writings of Augustine of Hippo (354-430)*, Tesis Doctoral de la Universidad de Lovaina, Leuven, 2005, 401.

⁵⁸ “Augustine does not hesitate to quote his characteristically anti-Pelagian insinuation here: “*Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*”. A. Dupont, *Gratia in Augustine's Sermones ad Populum during the Pelagian Controversy. Do Different Contexts furnish Different Insights?*, Leiden, Brill, 2013, 114.

Dios, que no es otra cosa que la misma presencia del Espíritu, de su vida, en el corazón del creyente:

*Dios resiste a los soberbios; en cambio, a los humildes les da su gracia. ¿Qué significa les da su gracia? Les da el Espíritu Santo. Llena a los humildes, porque en ellos encuentra capacidad para recibirlo*⁵⁹.

Por lo tanto para poder recibir el don de la vida, y al Espíritu vivificador, es preciso ser humilde, ya que el Espíritu de Dios se aleja de los soberbios, y solo puede habitar y descansar en los humildes, que se convierten en su lugar de reposo, como si fueran su sábado. Por eso dice san Agustín que al Espíritu Santo se le reserva el número siete, que es el número del descanso:

*Él descansa en el hombre humilde y sosegado como en su sábado. Por eso también se reserva al Espíritu Santo el número siete, como lo indican con suficiencia nuestras Escrituras*⁶⁰.

c. El hombre, un vaso roto

San Agustín nos recuerda que para poder recibir la vida del Espíritu necesitamos darnos cuenta de que la carne tiene deseos contrarios al Espíritu, y junto con san Pablo nos recuerda que si nos dejamos llevar por los deseos de la carne, moriremos (Gal 5, 17). Solo es el Espíritu de Dios quien nos va a dar vida. Por ello señala san Agustín que es el Espíritu el que lucha en nosotros, en nuestro interior, pero también contra nosotros, para que no nos dejemos llevar por el espíritu de muerte, el espíritu de la carne, y

⁵⁹ s. 270, 6.

⁶⁰ *Idem.*

que permitamos que sea el Espíritu de Dios quien viva en nuestro interior para vivificar toda nuestra existencia:

(...) dice el Apóstol: La carne tiene deseos contrarios al Espíritu, y el Espíritu, contrarios a la carne, sólo se da con referencia al espíritu del hombre. Es el Espíritu de Dios quien combate en ti contra ti, contra lo que hay en ti contrario a tí⁶¹.

Y son precisamente estos deseo de la carne los que hacen que el hombre no pueda mantenerse firme en la vida de Dios, y por ello, como un vaso que se encuentra roto, dividido entre los deseos carnales que llevan a la muerte, y el Espíritu de Dios que es el único que puede verdaderamente dar la vida, la vida de Dios. El hombre necesita en primer lugar, reconocer que está roto, como un vaso, y ponerse en manos de Dios para ser restaurado y vivificado por el Espíritu:

En efecto, no quisiste sostenerte firme junto al Señor; caíste y te rompiste; te hiciste añicos como un vaso cuando, de la mano del hombre, cae al suelo. Y, como te hiciste añicos, por eso eres contrario a ti mismo, estás enfrentado contigo mismo. No haya en ti nada contrario a ti, y te mantendrás íntegro⁶².

Lo único que puede dar vida al hombre, a este “vaso roto” (*fractus es quomodo uas*) es el espíritu, pues la carne y sus apetencias llevan a la muerte. No obstante san Agustín reflexiona sobre las palabras de san Pablo y se pregunta si el hombre con su propio espíritu, es decir con su propio principio vital, puede luchar contra las apetencias de la carne, y se da cuenta de que el hombre por

⁶¹ s. 128, 7.

⁶² s. 128, 6, 9.

sí mismo no puede luchar contra sus tentaciones, y que necesita el Espíritu de Dios para poder vencer las obras del mundo y de la carne, y verdaderamente vivir. Por ello san Agustín imagina un diálogo con san Pablo, para que sea el Apóstol quien le indique qué espíritu es el que tiene que luchar contra la carne y darle vida:

*Si vivís según la carne, moriréis; pero, si con el Espíritu dais muerte a las obras de la carne, viviréis. Indícanos, Apóstol, con qué espíritu. Porque también el hombre tiene un espíritu, propio de su naturaleza, gracias al cual es hombre*⁶³.

No obstante san Agustín llega a la conclusión que el espíritu que debe vencer las apetencias de la carne en el interior del hombre es el Espíritu de Dios, ya que el hombre es frágil y no puede nada sin la gracia de Dios. Por ello señala san Agustín el texto de Rm 8, 14: “*todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios*”. Es por tanto el Espíritu de Dios quien da muerte en nosotros a las obras de la carne:

*No son hijos de Dios si no son guiados por el Espíritu de Dios. Ahora bien, si son guiados por el Espíritu de Dios, combaten, porque tienen un poderoso ayudante*⁶⁴.

En esta lucha, san Agustín pone de manifiesto un elemento particular, muy de su gusto, aprovechando las lides del anfiteatro para hablar de la vida cristiana⁶⁵. En esta vida contra la muerte, es decir por tener la vida del Espíritu, Dios nos contempla, no

⁶³ *Idem.*

⁶⁴ s. 128, 7

⁶⁵ Cf. Enrique A. Eguarte, “Quomodo gladiatores quasi destinati ad ferrum. Los espectáculos del anfiteatro en san Agustín y sus implicaciones espirituales”, en *AVGVSTINVS* 57 (2012), 75-97.

como un espectador en las gradas de un anfiteatro que contempla a un cazador y no puede hacer nada para ayudarlo, Dios nos contempla y a la vez nos ayuda:

Dios, en efecto, no nos contempla cuando luchamos del mismo modo que el pueblo contempla a los cazadores. El pueblo puede ponerse a favor de un cazador, pero no puede ayudar al que se halla en peligro⁶⁶.

d. El Espíritu nos hace anhelar la verdadera vida

La labor de conversión debe llevarnos a tomar consciencia de que las cosas de este mundo, y que incluso la vida mortal del ser humano, no es verdaderamente vida, pues la vida auténtica es la de Dios, y por eso el Espíritu nos lleva desear y anhelar esa vida, moviéndonos no por la obligación o el temor, sino por el amor:

*Cuando el Espíritu de Dios llama al género humano ordenándonos lo que hemos de hacer y prometiendo lo que debemos esperar, comienza inflama-
ndo nuestra mente con la idea del premio, para que hagamos lo que se nos manda, más por amor al bien que por temor al mal⁶⁷.*

Y no hay nadie que no quiera esta vida, pues todo ser lo que quiere es alcanzar la vida y que esta vida sea perpetua. No obstante el Espíritu señala un camino que implica renunci-
as y dejar las cosas de este mundo, para ser capaces de recibir los bienes de Dios. Es preciso pues, morir a las cosas y realidades del mundo, para poder recibir la vida de Dios. San Agustín explica esta vida nueva en el Espíritu y sus exigencias con el texto del salmo 33, 14-15:

⁶⁶ s. 128, 7.

⁶⁷ s. 16, 1.

*Pues ¿quién no quiere la vida? ¿Quién no ama ver días buenos? Escucha, pues, lo que sigue, tú, hombre, quienquiera que seas el que quieres y amas eso; escuchad lo que sigue todos los hombres: Reprime -dice- tu lengua del mal y tus labios no hablen engaño. Apártate del mal y obra el bien; busca la paz y persíguela*⁶⁸.

Para acoger esta vida nueva de Dios es preciso que el ser humano transforme su propio interior y se convierta en un odre nuevo (Mc 2, 22), para que pueda acoger el vino nuevo la vida nueva, que dona Dios por medio del Espíritu. Quien no se pone en este camino de cambio y de disposición interior, no puede acoger la vida del Espíritu, pues sigue atado a su vida pasada y a la vida del hombre y del mundo. Solo quien se ha dejado renovar por la misma acción del Espíritu, puede ser un odre nuevo, y con este odre nuevo puede recibir el vino nuevo de la vida de Dios, su gracia y su salvación.

Por ello san Agustín cuando habla de los apóstoles en el día de Pentecostés, se fija en el hecho de que fueron calificados de estar ebrios. Como el mismo Doctor de Hipona señala, no es que estuvieran ebrios de vino, sino del mismo Espíritu Santo que los llenaba con su vida:

*De forma más plena y perfecta aún, la confirmó el don del Espíritu Santo enviado por él, don que llenó a sus discípulos, convertidos ya en odres nuevos para poder recibir el vino nuevo, razón por la cual, al hablar distintas lenguas, se los consideró borrachos y cargados de mosto. La voz de los oyentes fue un testimonio en favor de la Escritura del Señor, pues él había dicho: Nadie echa vino nuevo en odres viejos*⁶⁹.

⁶⁸ s. 16, 1.

⁶⁹ s. 272B, 1.

Del mismo modo, quien quiera recibir la vida nueva del Espíritu, debe dejar que Dios lo convierta en un odre nuevo. Solo así, como indica san Agustín se pueden acoger incluso sus propias palabras:

*Escuche vuestra santidad con mayor atención cuál es aquel bosquejo y cuál su realización en el día de Pentecostés. El precio a pagar por ello es la atención; el hablar es fructífero cuando se escucha con atención. Sed también vosotros odres nuevos para que podáis recibir, por mi ministerio, el vino nuevo*⁷⁰.

5. INHABITACIÓN VIVIFICADORA

- a. Vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo (1 Cor 6, 19; 1 Cor 3, 16)

San Agustín reflexiona y profundiza en el concepto paulino de que los cuerpos de los creyentes son templos de Dios, son templos vivos del Espíritu vivificador. En su reflexión, san Agustín se apoya en los textos paulinos anteriormente mencionados, aunque el texto más repetido, sin una llamativa diferencia, es el de 1 Cor 6, 19⁷¹.

Así pues, san Agustín va a unir a esta idea paulina, un concepto y una reflexión propia. Ya que el Espíritu habita desde el día del bautismo del creyente “*en lo más profundo de la propia interioridad*”⁷², esta presencia no solo santifica al creyente, sino que también lo vivifica. Cuando san Agustín presenta estas ideas, vuelve de nuevo a citar la frase que nos es ya conocida de la concatenación

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ Aparece 27 veces en la obra agustiniana. Cf. CAG.

⁷² *conf.* 3, 11.

causal o serie de inclusiones: si el cuerpo vive por el alma, el alma vive por Dios, por la presencia del Espíritu.

No obstante este Espíritu vivificador del cuerpo y del ser espiritual del hombre no se encuentra localizado en un solo lugar, ni en el cerebro, como quieren algunos autores contemporáneos⁷³. Por ello, a la pregunta de Dárdano sobre el lugar en el que se encuentra el alma, san Agustín le responde que como el cuerpo del creyente, del bautizado es templo del Espíritu Santo, el mismo Espíritu vivifica todo el cuerpo, y se encuentra distribuida y expandida por todo el cuerpo, sin estreches, sino con una amplitud y holgura, no de espacios corporales, sino de gozos espirituales (*latitudinem [...] spiritalium gaudiorum*).

*El alma establecida en el cuerpo no solo no encuentra apreturas, sino que tiene cierta holgura, no de espacios corporales, sino de gozos espirituales, cuando se realiza lo que dice el Apóstol, ¿No sabéis que vuestros cuerpos son en vosotros templos del Espíritu Santo, que recibisteis de Dios? (1 Cor 6, 19) Y solo un necio puede decir que el Espíritu Santo no halla lugar en nuestro cuerpo, cuando nuestra alma llena el cuerpo entero*⁷⁴.

Por lo tanto, en el pensamiento agustiniano, el Espíritu Santo no solo vivifica a su templo, que es el cuerpo del creyente, sino que también lo llena de gozos espirituales, su presencia es vida, alegría y paz⁷⁵.

Y en esta misma línea, en el s. 161 san Agustín se hace una interesante pregunta retórica, invitando a sus oyentes a meditar sobre la fuente de la verdadera vida, sobre el venero de donde

⁷³ Cf. Eduardo Punset, *El alma está en el cerebro*, Barcelona, Destino, 2012, 400 pp.

⁷⁴ *ep.* 187, 4, 15.

⁷⁵ Cf. *s.* 71, 28.

procede la vida del alma que a la vez es la vida del cuerpo o bien los invita a considerar si acaso el alma vive por sí misma:

*¿Piensas que no existe otra vida por la que vive tu alma? Tu alma es cierta vida, gracias a la cual vive tu carne. ¿Piensas que no hay otra vida gracias a la cual vive tu misma alma o que, como tu carne tiene una vida -el alma por la que vive tu carne- tu misma alma, tiene una vida propia suya?*⁷⁶

Una vez planteada la cuestión, san Agustín invita a sus oyentes a buscar una solución a esta aporía planteada, es preciso conocer cuál es el origen de la vida del alma, que a la vez es la que vivifica al cuerpo:

*Hallemos, pues, cuál es esta vida, no la de tu cuerpo, que es tu alma, sino la vida de la vida de tu cuerpo, la vida de tu alma*⁷⁷.

Y la respuesta a esta búsqueda es importante, pues hay muchas cosas que dependen de ella, ya que si el ser humano teme por su propia naturaleza a la muerte del cuerpo, ¿cuánto más no habrá de temer la muerte del principio que anima el mismo cuerpo, que es el alma? San Agustín invitaría a pensar sobre la manera en la que se puede evitar la muerte de este principio vital esencial que el alma, vivificadora del cuerpo y principio vital por excelencia del ser humano. Por eso el Obispo de Hipona dice a sus oyentes:

*Una vez hallada, pienso que más que esta muerte por la que temes que el alma sea arrojada de tu carne, debes temer aquella otra, para que no sea arrojada de tu alma la vida de tu alma*⁷⁸.

⁷⁶ s. 161, 6.

⁷⁷ *Idem.*

⁷⁸ s. 161, 6.

Y posteriormente lo dice con mayor claridad: la vida del alma es Dios, es el Espíritu Santo que inhabita el alma y hace a la vez que el cuerpo se convierta en templo de Dios de acuerdo con la reflexión paulina (1 Cor 3, 16; 1 Cor 6, 19), a la que san Agustín no puede dejar de aludir:

*La vida del cuerpo es el alma, y la vida del alma, Dios. El Espíritu de Dios habita en el alma y, a través del alma, en el cuerpo, para que también nuestros cuerpos sean templos del Espíritu Santo, don que nos otorga Dios*⁷⁹.

El Espíritu que vivifica nuestras almas, es también el que se derrama en nuestros corazones por el amor, y es el que nos hace ser templos de Dios, posesión de Dios. Así san Agustín explica que para ser templo de Dios, Dios toma posesión, en primer lugar, de las potencias superiores, de lo mejor que hay en el hombre, representados por el corazón, la mente y el alma. De este modo, cuando Dios ha tomado posesión y vivifica estos elementos superiores, puede poseer y vivificar también los elementos inferiores, como es el cuerpo.

*(...) lo posee todo quien posee lo principal. En ti es lo principal lo que es mejor. Poseyendo Dios lo mejor, es decir, tu corazón, tu mente, tu alma, automáticamente, a través de lo superior posee también lo inferior, o sea, tu cuerpo*⁸⁰.

De este modo, si el Espíritu de Dios permanece en el alma, aunque el cuerpo pueda llegar a morir el alma estará siempre viva, vivificada por la acción del Espíritu. Por ello san Agustín citando

⁷⁹ *Idem.*

⁸⁰ s.161, 6.

un texto del libro Sirácida (30, 24): *Miserere animae tuae placens Deo*, nos recuerda de la importancia de vivir una vida de santidad para no privar a nuestra alma de su propio principio vital, que es el Espíritu Santo. Este texto del libro del Sirácida, se repite en varias ocasiones en la obra agustiniana y en algunas de ellas con el mismo sentido que tiene en este s. 161⁸¹.

Así pues, como señala el mismo san Agustín, nuestra alma puede invitar al cuerpo a cuidarse para evitar que el alma abandone al cuerpo, y este se quede sin vida, convertido en un cadáver. Lo mismo se debe decir al ser humano, que debe evitar el pecado para no darse muerte a sí mismo, siendo compasivo consigo mismo, agradando a Dios, viviendo una vida recta, para que el alma de su alma y la vida de su vida que es el Espíritu Santo no lo abandone:

Si no expiró su vida, es decir, a su Dios, se hallará en aquel a quien no alejó de sí, en aquel de quién no se separó. Si, por el contrario, condesciendes con la debilidad de tu alma que te dice: «Si te hiere, te abandono», ¿no temes a Dios que te dice: «Si pecas, te abandono»?⁸²

Es interesante notar que cuando san Agustín comenta este mismo texto del libro Sirácida (Sir 30, 24), señala particularmente dos elementos. Uno implícito, que es el que venimos comentando, relativo a la vida, y un segundo elemento sumamente llamativo, de presentar al creyente teniendo compasión de sí mismo, y haciendo la primera limosna con su propia persona, procurando vivir bien, para evitar que el alma se quede muerta por los pecados, y hambrienta y sedienta de justicia. Por ello san Agustín señala que es preciso tener misericordia de la propia alma, y por ello hay que

⁸¹ Cf. *cin.* 21, 27; *ench.* 76; *s. Erfurt* 2, 2: *s. Erfurt* 2, 4.

⁸² *s.* 161, 6.

regresar a la conciencia, para que desde ahí el ser humano pueda darse cuenta de cómo se encuentra el alma, muy posiblemente enferma y muerta, y por tanto necesitada del perdón de Dios y de ser vivificada de nuevo por la acción del Espíritu Santo. Así lo comenta san Agustín:

*Quienquiera que seas, si vives mal, si vives como un infiel, regresa a tu conciencia y allí encontrarás a tu alma pidiendo limosna; la encontrarás necesitada, pobre, hecha una piltrafa; quizá no la encuentres ni necesitada, sino muda a causa de su necesidad*⁸³.

De este modo el remedio previsto por san Agustín para poderle devolver la vida al alma, es decir para que el Espíritu Santo vuelva a habitar en ella, es el del juicio y la caridad. El juicio que reconoce el pecado, y la caridad que hace que de nuevo el amor de Dios vuelva a estar en el centro de la propia vida y del propio corazón:

*Da a tu alma una limosna de juicio y caridad. ¿Qué es el juicio? Mira y descúbrela: desagradate a ti mismo, pronuncia sentencia contra ti. ¿Y qué es la caridad? Ama al Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y ama a tu prójimo como a ti mismo*⁸⁴.

Y junto con estos dos elementos, san Agustín recomienda darle pan al alma, es el pan de creer en Cristo, para purificar el alma, y el pan de la eucaristía, que es el mismo Cristo, para que le done al alma el Espíritu, y ésta vuelva a la vida:

⁸³ s. 106, 4.

⁸⁴ *Idem*.

Alimenta tu alma para que no perezca de hambre. Dale pan. Pero ¿qué pan? (..) Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo. ¿No comenzarías dando este pan a tu alma, practicando así la limosna con ella? Por tanto, si crees, lo primero que debes hacer es alimentar tu alma. Cree en Cristo y quedará purificado cuanto hay dentro de ti, y lo que está fuera quedará también purificado⁸⁵.

6. EL PECADO CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

En su *De sermone Domini in Monte*, san Agustín pone de manifiesto cuál es según su punto de vista, el pecado contra el Espíritu Santo (Mt 12, 31-32), que no sería otro sino oponerse, por envidia o bien por maldad, a la caridad fraterna, es decir a la propia comunidad, una vez que se ha recibido la gracia para poder vivir en ella; o bien, oponerse a la misma gracia del Espíritu Santo que es la que vivifica al creyente. Por ello, el pecado no puede ser perdonado, porque la persona se opone precisamente a la gracia que podría actuar en su interior.

De este modo san Agustín nos señala primero que este pecado contra el Espíritu Santo, sería producido por la envidia y la maldad, por tanto a fin de cuentas sería un fruto que procede de la oscura raíz de la soberbia, a quien sigue como una hija, la envidia:

Quizás sea este el pecado contra el Espíritu Santo, es decir, a través de la maldad y la envidia tentar la caridad fraterna una vez recibida la gracia del Espíritu Santo, pecado que, según el Señor, ni se podrá perdonar en este mundo ni en el futuro⁸⁶.

⁸⁵ s. 161, 4.

⁸⁶ s. dom. m. 1, 75.

Posteriormente san Agustín afina un poco más su reflexión, y nos señala como origen del pecado, solamente la envidia, y su actuación negativa es la de combatir la gracia, es decir, la misma vida del Espíritu Santo en su interior:

*Recibido el Espíritu Santo, si envidian la fraternidad y quisieran combatir la gracia que han recibido, no se les perdonará ni en este siglo ni en el venidero*⁸⁷.

Por ello, los que comenten este pecado contra el Espíritu Santo, ahogan la vida del Espíritu en su interior movidos particularmente por la soberbia, con el fruto oscuro de la envidia, la malicia y la oposición activa a la gracia de Dios, a la vida que procede del Espíritu, al mismo amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio de mismo Espíritu Santo.

CONCLUSIÓN

En las páginas precedentes hemos visto como el Espíritu Santo es para san Agustín, entre otras cosas, el alma del alma humana, y la misma vida de la vida del creyente. Hemos hecho un breve repaso de los sermones predicados en Pentecostés por san Agustín, poniendo de manifiesto en ellos aquellos elementos en los que se habla acerca de la vida que proviene del Espíritu. Posteriormente nos hemos detenido brevemente en la cuestión donatista, para señalar cómo para san Agustín, la vida que se recibe del Espíritu debe ser un compromiso de unidad y de paz.

A continuación hemos presentado algunas consecuencias espirituales esenciales que brotan del hecho que el Espíritu Santo

⁸⁷ *Idem.*

sea la vida del creyente, según el punto de vista de san Agustín. De este modo hemos presentado la necesidad de conversión que tiene quien quiere recibir la vida del Espíritu, o bien mantenerla eficiente en su propio ser. De este modo hemos señalado que la presencia del Espíritu vivificador exige renunciar al espíritu del mundo y del hombre viejo, para poder recibir el Espíritu de Dios que transforma al creyente en un odre nuevo, que pueda recibir el vino nuevo de la vida y la doctrina de Dios. Hemos también puesto de manifiesto la necesidad de la humildad para poder recibir la vida de parte del Espíritu, pues Dios rechaza a los soberbios y concede solo su gracia a los humildes, a aquellos que reconocen su pobreza y su completa dependencia de Dios. Y el Espíritu Santo es el que debe darle de nuevo unidad y cohesión al hombre que está roto, como un vaso, por la lucha interior entre la carne y el Espíritu. En esta lucha debe vencer el Espíritu para poder vivir la vida de Dios, y el vaso roto debe ser rehecho por la fuerza de la vida del mismo Espíritu Santo.

Por otra parte, hemos puesto de manifiesto cómo es precisamente el mismo Espíritu el que nos hace anhelar la verdadera vida, la vida eterna de Dios, por encima de la vida de esta tierra y de las cosas materiales.

Finalmente, nos hemos detenido a considerar los cuerpos de los creyentes, como templos inhabitados por la presencia vivificante del Espíritu, que no se encuentra en un lugar determinando del creyente, de su templo vivo, sino que se expande por todo el ser del creyente, con una particular amplitud de gozo espiritual.

Así pues, san Agustín está plenamente convencido de que el Espíritu Santo es el vivificador y quien nos hace permanecer en la vida verdadera, la vida de Dios.